

CLAVES EXISTENCIALISTAS EN EL RELATO “LA ÚLTIMA VOLUNTAD”.

Varios lectores me han señalado el relato “La última voluntad” como el que más les ha impactado e inquietado del libro, aunque sin definir exactamente todos los motivos. Algunos han percibido un mensaje o una alerta latente como de forma innata, pero sin llegar a definir conceptualmente la totalidad del mensaje que subyace. Con este artículo trataré de ofrecer algunas claves del relato para que el lector pueda efectuar diversas interpretaciones de su lectura.

La temática de “La última voluntad” es el ser humano. El hombre se pregunta por el ser aunque la sociedad sea dirigida hacia el olvido de lo trascendente para que tan solo nos ocupemos de la posesión de las cosas.

El protagonista del relato es el hombre al cual le preocupa el ser, se angustia por el ser y se pregunta por el ser. El hombre arrojado, eyectado, escupido al mundo es el “ahí del ser” porque en el ser-ahí, el *dasein* de Heidegger, es donde se formula la pregunta por el ser. No se parte de la interioridad del hombre para explicar la existencia como en las filosofías idealistas porque el hombre está arrojado hacia afuera, hacia lo externo, hacia el mundo. No se parte de una relación sujeto-sujeto. Se parte de una relación sujeto-mundo que es indisociable. El protagonista es ese ente privilegiado sin el cual no existiría la pregunta por el ser. Se angustia por la nada, por la inminencia de la muerte y lo más terrible es que el hombre no solo muere sino que además sabe que va a morir. Es devorado por el mundo como el cuerpo del protagonista es devorado por los gusanos. No hay una relación cognoscitiva de sujeto y objeto. Es pura existencia. El ser humano es nada porque no hay en él como punto de partida una subjetividad constituyente y sí resulta que realmente hay cosas ahí afuera, fuera de la interioridad, hacia las que el hombre está arrojado.

El ser humano también está arrojado hacia sus posibles porque el hombre no es realidad, es posibilidad. Es el que establece las relaciones en el mundo. El mundo está lleno de objetos y los objetos cobran sentido, se relacionan entre ellos, porque hay un proyecto humano, como es el caso de la urna funeraria del relato. El proyecto humano es lo que da sentido al mundo.

El protagonista del inicio del relato corresponde al primer modo de ser de la filosofía de Heidegger, es decir, a lo que el filósofo llamó “ser en el mundo”. El protagonista está arrojado al mundo, pero ¿hacia dónde? Está arrojado hacia sus posibilidades. Nosotros somos infinitas posibilidades. Antes que realidad somos posibilidad. Nuestros posibles nos constituyen. Yo ahora mismo estoy escribiendo este artículo, pero cuando termine tengo infinitas posibilidades: me puedo ir a tomar un café, puedo ir a dar un paseo con mi perro, puedo irme de viaje, quedar con un amigo, etcétera hasta el infinito. Ahora bien, dentro de esa infinitud de posibilidades siempre hay una inherente a todas ellas: la posibilidad de morir. En todas estas probabilidades siempre existe la posibilidad de que yo muera. Esta posibilidad en cada uno de mis posibles siempre está presente. Por eso el hombre se angustia y, como decía Kierkegaard, *“el hombre es más profundamente hombre cuanto más se angustia”*. Es decir, la angustia procede de la experiencia de la nada y la experiencia de la nada es la experiencia de la muerte. Si yo afronto la experiencia de que voy a morir como hace el protagonista del relato estoy

afrontando lo más difícil de todas mis posibilidades, la que no quiero afrontar, la que me da pánico y angustia porque la nada me revela mi finitud.

La figura de la cuñada es fundamental en el relato. Heidegger afirmó que *“el hombre se pasa la vida tratando de ocultarse y tratando de que le oculten que es un ser para la muerte”*. Esta realidad es terrible y despierta una enorme angustia que revela la nada y la nada a su vez revela la muerte. El hombre quiere frenarla, negarla. Por eso el tanatorio del relato está oculto al mundo: *“El oficinista sorteó una pacífica colina hasta descubrir el tanatorio, oculto al mundo para que la percepción cotidiana de la muerte no nublase el día a nadie”*.

Para ocultar la muerte el hombre se entrega a lo que Heidegger llamó la existencia inauténtica. La existencia inauténtica consiste ante todo en negar que el hombre es un ser para la muerte. El hombre inauténtico se entrega al mundo de la pasiva refleja: “se dice”, “se cuenta” que hay que ver tal película, comprar tal ropa, opinar de tal manera, vivir de tal manera... Lo que “se dice” está determinado desde fuera y el hombre inauténtico lo acepta, vive en el mundo de la pasividad. Hace lo que se dice, ve lo que se dice que hay que ver, lee lo que se dice que hay que leer... Está inmerso en el mundo de lo anónimo. No es él, es lo anónimo, lo uno, la masa. El hombre desea unirse a ese uno anónimo para ser uno más y no pensar por sí mismo y no darse cuenta que la muerte inexorablemente va a ser una experiencia solo suya, que nadie va a morir por él. El hombre inauténtico, como la cuñada del protagonista, consagra su vida a negar la muerte. ¿Cómo? Creyendo que la muerte es algo que le pasa a los otros, que está fuera de sus posibles, que forma parte de lo uno anónimo. Esta es la esencia de la existencia inauténtica.

Ahora bien, el protagonista es una persona que trasciende de una existencia inauténtica a una existencia auténtica. ¿Cuál es el fundamento de la existencia auténtica? Aceptar la finitud del hombre. Esta aceptación da densidad y autenticidad a su existencia para que no se disuelva en lo uno, en lo anónimo, en la masa. Esta existencia auténtica se separa del mundo del “se dice” porque ha aceptado su finitud. A partir de esta aceptación él es él. Elige por él mismo. Afronta la angustia que le produce el hecho de que nadie pueda morir por él. En cambio, la cuñada, el ser inauténtico, al no poder afrontar su finitud afronta la vida con una superficialidad que es la liviandad de lo auténtico, como cuando, canturreando, utiliza la urna funeraria como una bombonera. Con la superficialidad de aceptar todo lo que le digan, lo que le cuenten o vendan para sofocar la angustia de morir. Ha renunciado a buscar su propia voz, a decir aunque solo sea una vez una palabra que sea suya lo que conlleva a decir que ha renunciado a su crítica y, por ende, a su libertad. Se niega a aceptar que la existencia tiene misterios y que el misterio fundamental de la existencia es la capacidad asombrosa, maravillosa, milagrosa del hombre de saber que va a morir y aún así seguir viviendo.

Raúl Jiménez Sastre